

Maraña: guerra y enfermedad en las selvas de Colombia

Lina Pinto García

Traducción de Alfonso Conde

Universidad de los Andes; ICANH, 2026 (192 pp.)

ISBN: 9789587989670

Recibido: 19/05/2026 • Aprobado: 24/06/2026 • Publicado: 01/09/2026



Santiago Martínez Medina

Università Ca' Foscari, Venecia, Italia

santiagommo@gmail.com

santiago.martinezmed@unive.it

<https://orcid.org/0000-0003-0717-2326>

Enmarañarse es como los soldados llaman a la experiencia de enredarse con la selva. En el escenario bélico colombiano, este enmarañamiento con el lugar de operaciones militares puede incluir a seres diminutos, capaces de parasitar los cuerpos humanos. Es el caso de los protozoos del género *Leishmania*, cuyo enredo con sus hospederos causa la leishmaniasis, una enfermedad que, en su presentación más prevalente en el país, genera úlceras en carne viva muy difíciles de curar, y que se convierten en estigmas de nuestro largo y profundo conflicto armado.

El encuentro entre los cuerpos humanos y los protozoos, mediado por los insectos flebótomos hembra, es el nudo relacional que desencadena el trabajo de Lina Pinto García, recientemente traducido al español bajo el título de *Maraña: guerra y enfermedad en las selvas de Colombia* y publicado en coedición por la Universidad de los Andes y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia¹. Un

1 La versión original de este libro —*Maraña: War and Disease in the Jungles of Colombia* (2025)— obtuvo el premio Amílcar Herrera en la categoría de libros publicados, otorgado por la Asociación Latinoamericana de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología (Esocite).

nudo inicial, una forma de vínculo, un enredo cuyas ramas no dejarán de extenderse y entrecruzarse conformando una maraña distinta a la que es la selva; una en la que científicos, militares, guerrilleros, profesionales de la salud, antropólogos, campesinos y otros muchos humanos se abrazarán irremediabilmente con la industria farmacéutica, las políticas públicas sanitarias, la guerra y sus estrategias, los flebotomos y sus hábitos, los protozoos y sus ciclos vitales.

Maraña puede leerse como un estudio acerca del enredo. Es un libro sobre las relaciones y sus costos, sobre lo que conlleva el vínculo y sobre abrir posibilidades de nuevos relacionamientos. Desde una perspectiva temática, es un texto que trata la guerra y la enfermedad en un país enfermo de guerra y que está en continua guerra con sus enfermos. Porque la leishmaniasis no es cualquier patología tropical transmitida por vector. Sus particularidades biológicas y epidemiológicas la hacen un indicador muy poderoso de la manera en la que guerra, enfermedad y tecnociencia se parasitan entre sí.

Al respecto, vale una breve explicación en el tono usual del parasitólogo: el protozoo parasita a otros animales en los bosques húmedos tropicales; para que un humano sea contagiado a través de la picadura de un insecto, necesita adentrarse en la selva. Pero las selvas en Colombia han sido, durante décadas, escenarios de guerra, razón por la cual son los llamados *actores del conflicto* los que, con frecuencia, se infectan. En nuestro país, además, la presentación más frecuente de esta infección es una úlcera cutánea, indolora y muy difícil de tratar, que por ello mismo marca crónicamente —sin matarlos— a los cuerpos que han pasado por la selva/guerra y los hace identificables para los organismos de seguridad del Estado, para otros actores armados y para los servicios sanitarios. No en vano, la leishmaniasis carga con el estigma de ser “la enfermedad de la guerrilla”, aunque cualquier persona que se cruce en el ciclo vital del protozoo y en la voracidad del insecto hembra que pica se infecte.

Además, la primera línea de tratamiento, un fármaco altamente tóxico llamado Glucantime, fue históricamente controlada por los organismos de seguridad del Estado, precisamente por el vínculo parasitológico entre selva, guerra y protozoo. A pesar de ello, ni siquiera los soldados —que pueden acceder más directamente al tratamiento— se libran de los efectos debilitantes, tanto de la enfermedad como del medicamento, que los acompañan como una parte más de su trabajo de guerra. Mientras tanto, el resto de contagiados —se dediquen o no a actividades ilegales— tienen que sobrellevar el estigma y además exponerse a medios terapéuticos incompletos y comercializados de forma extralegal.

Desde la primera imagen etnográfica del libro —una investigadora que baja de un helicóptero artillado para verificar los resultados de las pruebas del tratamiento en los pacientes militares—, *Maraña* nos recuerda que, en su acepción colombiana, siempre que hablemos de la enfermedad, estaremos hablando de la guerra y viceversa. Pero Pinto García no se queda con la descripción parasitológica, por más que haya sido ese el contexto en el que, por primera vez, se advirtió la relación entre guerra y leishmaniasis. En un movimiento que ya es habitual en los estudios de las ciencias y las tecnologías (ESCT), su intención es hacernos reflexionar sobre el carácter relacional de los mundos forjados a fuerza de enredarse.

Vale la pena mencionar que en dicho campo somos muy adeptos a las figuras relacionales y que el primer logro de este libro es elaborar una versión *conceptual* de la maraña. Se trata de un concepto inspirado en “la espesura de la selva tropical”, en “su ramaje entrecruzado y enredado”. Su figuración es la de “las lianas trenzadas y el denso follaje que hacen de cualquier caminata a través de ella un desafío”, y que unen, de forma caótica y entramada, la guerra y la enfermedad “de múltiples formas interconectadas” (XIX). A partir de allí, el libro va a trazar esas lianas, enfrentándose una y otra vez con la multiplicidad de la interconexión.

El resultado no puede ser otro sino un libro enmarañado en el que pareciera que se toman ciertas ramas para extenderlas y así poder examinar el resto, sin que nunca llegue a entreverse una imagen total del enredo. Como advierte la autora, cada capítulo explora una forma de la maraña. A veces se refiere al vínculo entre guerra y enfermedad para comprender la tecnociencia (capítulos 1, 3 y 5); a veces se analizan el Glucantime y el parásito para entender la guerra (capítulo 4); otras, se refiere a los medicamentos y al conflicto para pensar la leishmaniasis (capítulo 2). Es así porque cualquier inicio va a conectar con el resto de los elementos. De hecho, el enredo puede crecer aún más. Los vínculos poscoloniales, la industria farmacéutica global, las teorías parasitológicas, las estrategias bélicas, los estándares científicos y los criterios de éxito académico, etc., encuentran también su lugar en lo que Pinto García llama *leishmaniasis colombiana*, aquella forma de la infección enmarañada con nuestro conflicto.

El libro se organiza en una extensa introducción, cinco capítulos y un corto apartado de conclusiones. El primer capítulo presenta la enfermedad y su vínculo con el conflicto armado colombiano. Muy temprano en el argumento nos encontramos con que la versión del parasitólogo que resumí hace unas líneas se queda corta, porque la guerra no puede ser reducida a la simple condición en la que se da el encuentro entre el humano, el vector flebótomo y el parásito. El asunto, sugiere

la autora, es mucho más enredado: la guerra misma transforma las biología humanas y protozoarias, trastocando así la epidemiología de la enfermedad. Aquí, los movimientos humanos, las geografías bélicas y las muchas especies de *Leishmania* participan en la configuración de una nueva dolencia, la leishmaniasis colombiana.

Mi formación médica me exige ser enfático en este punto: biológicamente, si es que lo biológico pudiese separarse de todo lo demás, la leishmaniasis en Colombia es una enfermedad característica de las relaciones ecológicas —incluida la guerra y el Glucantime— en las que se expresa. Habría que darle la vuelta a la usual reflexión médica para recordar que, como entidad, la leishmaniasis es una abstracción de muchos casos particulares en los que la maraña se manifiesta en los cuerpos. La guerra, por su parte, tampoco es la misma en su relación con la enfermedad. Nunca es solo el *contexto*, parte del *ambiente* ni la *condición* en la que el vector, el parásito y el humano se encuentran. Los vínculos no son, pues, lo que suele asumirse en el marco de la salud pública usual. La guerra hace parte de la biología misma de la leishmaniasis colombiana, que ya no puede ser solo una presentación local de una entidad natural ajena a toda situación. Se trata de la expresión —una entre varias— de una ecología humana y, más que humana, concreta; en ella no hay nada que, a la vez, no sea el resto de la maraña en su enredo. “Esta exploración etnográfica del mundo social de la leishmaniasis”, escribe la autora, “cimenta una comprensión más compleja de las ontologías tanto de esta enfermedad como de la guerra misma” (XVIII).

En el segundo capítulo, Pinto García cambia de rama y se enfoca en el tratamiento altamente tóxico y desactualizado que se utiliza aún como primera línea terapéutica. Una vez más, su aporte radica en mostrar cómo las lianas se entrecruzan de formas mucho más apretadas que aquellas que hacen del Glucantime un arma de guerra. La incapacidad de imaginar una respuesta distinta al fármaco hace que, en el caso de la leishmaniasis colombiana, aquello que se *farmaceuticiza* no sea solo la leishmaniasis, sino la guerra misma. En cuanto a los científicos, Pinto García nos muestra cómo encuentran en sus propios métodos una limitación para incluir la guerra en sus hipótesis sobre la enfermedad y la cura, aunque ese vínculo sea obvio para ellos, un secreto a voces que circula entre todos los involucrados sin aparecer en sus publicaciones y congresos.

En los capítulos 3 y 4, la etnografía nos conduce hasta las barracas de los soldados colombianos que se recuperan de la enfermedad que, momentáneamente, los ha sacado del “teatro de operaciones”. En medio del dolor, la camaradería y el estoicismo de esos jóvenes, la autora elabora una crítica de acuerdo con la cual

el Glucantime, con su capacidad tóxica, no conduce a su salud, sino a la posibilidad de devolver sus cuerpos intoxicados al combate.

El capítulo quinto regresa a la tecnociencia para seguir escudriñando en su manera de pensar la enfermedad y diseñar respuestas. Nos sorprendemos entonces con el esfuerzo de los científicos por sanitizar su ciencia desligándola de la guerra, a pesar de que, como ya lo sabemos, la leishmaniasis colombiana es con el conflicto armado. El libro termina con un apartado de conclusiones en el que la propuesta de la autora adquiere su más clara dimensión política: al igual que los soldados pueden *desenmarañarse* al salir de la selva, Pinto García apuesta por desenredar la guerra de la enfermedad, dando al libro un final que no es solo optimista, sino que ofrece recomendaciones para buscar relacionamientos más felices. Entre esas recomendaciones, en clave de apertura, están comprender la leishmaniasis colombiana como una *enfermedad de la guerra*, para desplazar la atención hacia la maraña y generar nuevas posibilidades de investigación e intervención que apunten a ella; ampliar el acceso a nuevos tratamientos contra la enfermedad; promover nuevos espacios de intervención para políticas y programas sanitarios que no se reduzcan al tratamiento farmacológico, y luchar con educación sanitaria contra el estigma.

Con respecto al desenmarañamiento, debo hacer una reflexión más. Pinto García escribe que los vínculos entre la guerra y la enfermedad son “relacionales y no inherentes”, por lo que “la leishmaniasis y la guerra pueden, y deben, conformar un tipo diferente de relación” (XIX). En cuanto a la diferencia entre lo inherente y lo relacional, me siento un tanto perplejo, precisamente porque, siguiendo a la autora, entiendo la maraña como un enredo de coconstituciones en el que la leishmaniasis colombiana deviene tal. Por eso busqué las pistas del desenmarañamiento, pero en la mayoría de las páginas de esta etnografía la leishmaniasis colombiana se nos presenta como un enredo bastante apretado, lo que me hace temer que la diferencia entre *inherente* y *relacional* sea más bien un anhelo abstracto y no una conclusión etnográfica.

Por ello mismo considero que el desenmarañamiento es una apuesta especulativa que queda abierta. Tal vez no debería pensarse como un acto de comprensión o legislación, sino como una experimentación situada. En un artículo reciente, Jean Segata (en prensa), también trabajando sobre leishmaniasis, refiere una serie de estas prácticas en Brasil que, con gestos improvisados, cotidianos y pequeños, logran desafiar las lógicas tradicionales de la salud pública:

De manera similar —cuenta— encontré grupos que se organizaron en torno al cuidado de perros comunitarios diagnosticados con leishmaniasis. En lugar de recurrir a la eutanasia, como se preveía en algunas de las propuestas de control apoyadas por sectores de la población y por los Gobiernos, estos residentes optaron por el cuidado. Improvisaron tratamientos, compartieron medicamentos, organizaron esterilizaciones y, cuando fue necesario, ofrecieron cuidados paliativos a los animales. (Segata en prensa, 13, traducción propia; véase también Leal *et al.* 2020)

Se trata, posiblemente, de gestar movimientos éticos y políticos capaces de responder de formas imaginativas, ampliando los límites de la protección y poniendo en cuestión, incluso, los conocimientos sanitarios que ya de por sí están enredados en la maraña descrita en el libro.

Por su originalidad, exhaustividad y compromiso, la publicación de *Maraña* es una noticia importante para el campo de los ESCT en Colombia; en particular, para aquellos investigadores que trabajan en la interfaz entre esos estudios y la antropología. En este público el libro encontrará un tipo de interlocutor que se vincule especialmente con su abordaje etnográfico y con su conceptualización de la relación. La obra es un aporte notable a los estudios sociales sobre los procesos de salud, enfermedad y cuidado. En este sentido, quiero subrayar que es el enfoque etnográfico que Pinto García utiliza lo que le permite elaborar su concepto. *Maraña* es, finalmente, una forma de decir y de pensar que la autora aprende con las personas, los parásitos, las sustancias químicas y las selvas con las que interactúa. Imagino a Pinto García siendo *obligada* por la leishmaniasis colombiana a reflexionar en términos de la maraña misma. Como nos han enseñado otras potentes autoras de nuestro campo, *importan las relaciones con las que hacemos relaciones* (Haraway 2016).

Para la antropología médica crítica, por su parte, la capacidad que tiene Pinto García de analizar las biociencias será más que inspiradora, especialmente porque moviliza la discusión más allá de los usuales, aunque no por ello menos importantes, cuestionamientos a la relación entre biomedicina, Estado, clase y poder. *Maraña* encontrará también lectores en otros escenarios, incluso en los muy contemporáneos estudios multiespecies y en las humanidades ambientales. La aproximación ecológica y situada al parásito permite comprender que la maraña que describe no es nunca solamente humana, y que la guerra, por más que tenga orígenes en y se sostenga por motivaciones políticas y económicas humanas, se juega también en un teatro microbiológico.

En este sentido, quisiera referirme con más detalle al impacto que tiene *Maraña* en el campo de la salud pública, en cuyos espacios académicos este libro bien podría ser una referencia obligatoria. Con agudeza, Pinto García subraya que la corriente salubrista de los *determinantes sociales de la salud* utiliza una noción de la relación que impone una linealidad que desconoce la complejidad de los procesos de coconstitución descritos por su concepto de maraña. Es así como su obra es un aporte, en la medida en que ejemplifica un análisis coherente y completo en términos de *determinación*, mediante el estudio de unos vínculos que, sin ser causales, *sí hacen* de la leishmaniasis colombiana una entidad particular y situada.

La lectura de *Maraña* inspirará a los estudiosos de los ESCT, la salud pública, la antropología médica crítica, los estudios multiespecies y, en general, a todos aquellos interesados en pensar la radical situación de la leishmaniasis colombiana. También a quienes quieren atreverse a imaginar otras maneras de vincularse; atreverse, por tanto, a un tipo de imaginación especulativa que bien podría ser la clave de la continuación de este fantástico libro.

Referencias

- Haraway, Donna J.** 2016. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- Leal Abreu, Adriana, Jean Segata y Bernardo Lewgoy.** 2020. “Partilhando uma vida de cão: políticas públicas e a leishmaniose visceral canina”. *Estudos de Sociologia* 25 (49): 103-120. <https://doi.org/10.52780/res.14087>
- Pinto-García, Lina.** 2025. *Maraña: War and Disease in the Jungles of Colombia*. University of Chicago Press.
- Segata, Jean.** En prensa. “Saúde multiespécie”. En *Desafios e inovações metodológicas em ciências sociais em saúde*, editado por Jorge Iriart, Suely Deslandes e Ivia Maksud. Fiocruz.